

ESCUELA DE LA SUSTENTABILIDAD DE
AMIGOS DE LA TIERRA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (ATALC)

4ª EDICIÓN – BRASIL – SEPTIEMBRE 2010

Movilizando por territorios libres de monoculturas en el 21 de septiembre

EL LLAMADO....

En el principio era la tierra: el suelo y el espacio hasta el horizonte; los ciclos de los días, de las lunas, las estaciones, los rebaños, plantíos y cosechas. Y la intuición de que estaba todo de alguna forma ligado, que los plantíos dependían de las lunas, los rebaños de las estaciones... Después las aldeas, las migraciones, las rutas de comercio, las ciudades. Y el contacto con otros pueblos, con saberes y vidas nuevas, intercambios, conexiones. Vinieron imperios, conquistas, caminos de acero y concreto, ondas de radio y cables. Mientras se expandía el horizonte, el planeta se iba achicando: quedamos todos conectados. Pero el trueque devino exclusión, la dominación tomó el puesto del intercambio. Y cuanto mas todo se ligaba, mas se perdía el conocimiento de esta ligación. El ritmo de los ciclos se desplegó en la línea recta del progreso, la naturaleza se transformó en materia prima, hombres y mujeres en fuerza de trabajo. Interconexión sin el reconocimiento de la interdependencia.

1969 fue el año en que, yendo a la Luna, los astronautas descubrieron la Tierra. Las fotos por ellos enviadas, en que esta aparecía vista desde la Luna, ofrecieron la primera representación visual de lo que significaba exactamente el hecho de que somos todos habitantes de un mismo planeta, cuyos limites allí se veían contra la inmensidad oscura de un universo infinito.

Hoy estamos delante una convergencia de muchas crisis: financiera, energética, alimentar, ambiental, climática... Los riesgos son grandes; el desierto crece. Pero en las grietas del concreto sobre lo cual se construyó nuestra vida en común, se ve el brotar de alguna primera esperanza. Las crisis son como los negativos de las fotos de los astronautas. Porque nos tocan a tod@s como especie, subrayan las relaciones de interdependencia que nos conectan. Porque afectan la vida del planeta como un todo, nos hacen visibles como parte de la naturaleza, de sus ciclos y su poder de generar y regenerar. Las crisis repiten, como amenaza, las lecciones que las fotos nos enseñaban como promesa: que toda la vida está interconectada, y cada acción impacta la vida como un todo; que la Tierra no es materia prima a nuestra disposición, sino el ambiente en que vivimos; que existen limites materiales a la capacidad regenerativa del planeta; y que estamos yendo mas rápido que el ritmo de estos limites.

Ideologías de izquierda y derecha, en los dos siglos pasados, caminaron sobre la línea recta del progreso material infinito; extendían utopías y distopias indefinidamente, como se pudiesen escapar al circulo infinito de la interdependencia. Pero redescubrirnos como parte de un todo no significa absolutamente que estamos mas allá de la política, de las diferencias ideológicas o de los conflictos sociales. Decir que estamos tod@s en el mismo barco no quiere decir que tod@s estamos en este barco *del mismo modo*. Las crisis presentes demuestran, de manera cristalina, que el problema no está apenas “en la cabeza de la personas”, solucionable por un simple “cambio de actitud”, sino que tiene profundas raíces estructurales: insostenible es la *forma* como estamos todos interconectad@s por el sistema capitalista. No apenas que los efectos de las crisis



se distribuyan desigualmente, como muestra el número creciente de refugiados climáticos. El problema está en un sistema donde la reproducción humana está atada a la reproducción del capital, y esta a la búsqueda permanente de nuevos recursos, tierras “vírgenes”, mano de obra y materia prima más barata, legislaciones laborales, sociales y ambientales más “flexibles”. Donde la riqueza en una parte depende de la pobreza en otra; donde el bien-estar en un sitio costa la degradación humana y ambiental en otro. Donde la solución de la miseria y de la destrucción en el presente es postergada por la promesa ilusoria de que un crecimiento económico ilimitado un día llevara a una distribución más justa. Un sistema, por tanto, enteramente basado en la idea de que es posible explotar infinitamente recursos que son finitos: un sistema incompatible con las condiciones propicias para la vida en un pequeño planeta azul de seis billones de habitantes.

Si es este el problema, hoy, más que nunca, tratar del medioambiente es tratar de política. Partidos, instituciones y empresarios aceptan que la crisis es real y hablan abiertamente de la necesidad de encontrarle soluciones. Pero si ellos están hablando nuestra lengua, esto no quiere decir que estamos tod@s hablando de la misma cosa. La mayor parte de las “soluciones” que se proponen siguen ignorando los límites materiales y empujando la cuestión “más adelante”: si seguimos invirtiendo, van a aparecer alternativas tecnológicas; si introducimos la libre competencia entre los “bienes y servicios ambientales”, el mercado encontrará naturalmente los mecanismos de preservación más eficientes... Lo que se pretende es justamente *evitar* que se confronten las cuestiones estructurales. Más que eso, se intenta hacer de las crisis presentes la palanca de una nueva burbuja especulativa y una nueva rodada de acumulación de capital: un “capitalismo verde”.

Actualmente, gobiernos, instituciones, mercados financieros y empresarios se camuflan de verde para buscar legitimación; una victoria, sin duda, para quienes pasaron años intentando darle penetración a estas cuestiones en el debate público. Pero, por esto mismo, ahora es hora de claridad sobre lo que está en juego, sobre quienes son los verdaderos aliados; la hora de distinguir un ambientalismo de mercado, cómplice de un sistema insustentable de lo cual solo readereza la superficie, del ambientalismo que cuestiona este sistema desde la raíz, y que lo resiste, y que lo transforma.

El momento exige saber construir y fortalecer las alianzas con comunidades y movimientos sociales que confrontan este sistema y que le construyen alternativas. Saber actuar con diferentes instituciones, sin perder la autonomía y la capacidad crítica. Saber la hora de radicalizar en el discurso y en la acción, organizando y mostrando en la práctica las capacidades colectivas que permitirán solucionar estas crisis. Movilizar desde la vida inmediata de tod@s y cada un, pero sin caer en el discurso fácil de la “responsabilidad individual”: no hay responsabilidad sin corresponsabilidad, y las soluciones para problemas sistémicos son necesariamente colectivas. Resistir desde los conflictos y alternativas que están puestos ya, pero sin olvidar que no existen soluciones puntuales, y que la tarea está siempre en encontrar los modos como estas experiencias se apoyan y refuerzan mutuamente. Transformar desde el presente, de las fuerzas que ya existen, y de las que están por crear: conocer las dimensiones y los riesgos del desafío no sirve para despertar el miedo, sino la noción de nuestra responsabilidad y de nuestro poder para enfrentarlo.

Porque es cuando *resistir* parece más difícil, que *desistir* deviene imposible.

Bienvenidos a la Escuela de Sustentabilidad de Amigos de la Tierra América Latina y Caribe

4ª Edición – Brasil 2010